

La fuerza de la razón y la razón de la fuerza

[...]

La situación creada en Oriente Próximo desde la proclamación del Estado de Israel en 1948 y su reconocimiento por Naciones Unidas como entidad independiente y soberana es demasiado compleja y contradictoria desde todos los puntos de vista como para ser despachada con fórmulas simples. Lo que en Europa se juzga como una respuesta necesaria al horror indecible del Holocausto -ese Holocausto que el actual presidente iraní se obstina ciegamente en negar- es visto en los países árabes de la región como una prolongación tardía y tenaz del colonialismo occidental. La consigna del movimiento sionista en las décadas que precedieron a aquel histórico acontecimiento -"una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra"-prescindía en efecto de la existencia de una población autóctona ajena a los sueños de los padres fundadores del nuevo Estado, una población -la palestina- sin responsabilidad alguna respecto a las expulsiones, pogromos y matanzas de judíos en la Europa cristiana, ya fuere en la España inquisitorial, la Rusia zarista o la Alemania nazi.

Hubo, pues, una confrontación de visiones, previa al establecimiento del nuevo Estado, entre el mesianismo religioso o laico de quienes sobrevivirán luego a los campos de exterminio y el nacionalismo en ciernes de la población palestina, sujeta primero al poder otomano y luego al mandato británico, para quien los colonos recién desembarcados en sus costas aparecían en su horizonte vital como indeseables intrusos.

Si tenemos en cuenta que dicha población no era en modo alguno responsable del antisemitismo europeo, nos hallamos ante una primera verdad molesta: los palestinos pagaron y pagan hoy -¡y de qué manera!-por nuestras pasadas culpas, y una admisión de dicha injusticia -algunos la han llamado pecado original- por israelíes y europeos ayudaría a sentar las bases de un diálogo con miras al reconocimiento mutuo entre los dos pueblos enfrentados, diálogo sin cesar aplazado por el victimismo identitario, cruce de acusaciones inapelables y una violencia cainita que perpetúan la sangrienta espiral de una guerra no declarada.

Juan Goytisolo. *El País*.